

Homilía del 25 de noviembre de 2018
Domingo de Cristo, Rey del Universo

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey. Hemos oído la escritura de hoy. Hemos oído la lectura del libro del profeta Daniel acerca del «hijo de hombre, que venía entre las nubes del cielo.» Oímos la lectura del libro del Apocalipsis acerca de Jesucristo «el soberano de los reyes de la tierra . . . [que] ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre.» Y oímos las palabras de Jesús en el Evangelio: «Mi reino no es de este mundo».

En los tiempos cuando Jesús estaba en la tierra físicamente, los judíos eran una gente conquistada, gobernada por los romanos. Muchos de ellos anhelaban a un Mesías, o Cristo—es decir, un hombre como el rey David que conquistaría a sus conquistadores, establecería la justicia en todo su país, y les permitiría una vez más ser una gente orgullosa. Su deseo, por supuesto, no es un deseo raro. La gente quiere ser libre, sentir que la justicia está siendo servida, y que ellos pueden vivir con su cabeza mantenida alta sin la amenaza de humillación.

Hoy mientras celebramos la fiesta de Cristo Rey, examinemos que tipo de rey es Jesús. Aunque él es Dios mismo con todo poder, él escogió nacer en una familia de la clase obrera. Puesto que su padre terrenal, José, era un carpintero, probablemente también lo era Jesús. Pero sabemos poco de su vida hasta que él comienza su ministerio público. Sin embargo, sí sabemos lo que enseñó y cómo vivió, porque los libros del Evangelio nos dicen acerca de su vida y sus enseñanzas. Curó a los enfermos y alimentó a los hambrientos, pero su propósito, como él mismo dijo, era a predicar y a enseñar. Los que llamó felices son «los que tienen el espíritu del pobre,» «los que lloran,» «los pacientes,» «los que tienen hambre y sed de justicia,» «los compasivos,» «los de corazón limpio,» «los que trabajan por la paz,» «los que son perseguidos por causa del bien».

Éste es un tipo de rey extraño. Como un personal de servicio doméstico lavó los pies de sus amigos y dijo que él vino a servir, no a ser servido. Se relacionó con los parias de la sociedad, los publicanos y las prostitutas, y vivió y enseñó una vida de paz. Nunca se defendió a si mismo y, silenciosamente y tranquilamente, él se permitió a ser juzgado y ejecutado en la manera más vergonzosa.

Sin embargo, este rey denunció la injusticia, el abuso, y la discriminación. Se opuso a la opresión. Llamó a la gente a arrepentirse de sus pecados, a actuar con justicia y misericordia, y a vivir sus vidas en fidelidad a Dios. Enseñó su visión de un mundo de la paz y la fraternidad, de la justicia y el respeto de los derechos de los demás, de amor por Dios y por el uno al otro. Éste es el rey que entró en la historia humana, iluminándola y guiándola más allá de sí mismo a un reino que no tendrá fin. Y ahora cuando oramos el Nuestro Padre, oramos por este reino en su plenitud.

San Pablo nos dio lo que algunos eruditos piensan que es un credo antiguo. En todo caso, resume nuestro rey:

Tengan unos con otros los mismos sentimientos
que estuvieron en Cristo Jesús:
Él compartía la naturaleza divina,

Homilía del 25 de noviembre de 2018
Domingo de Cristo, Rey del Universo

igual a Dios por propio derecho,
sin embargo, se redujo a nada,
tomando la condición de siervo,
y se hizo semejante a los hombres.
Y encontrándose en la condición humana
se rebajó a si mismo
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por eso Dios lo engrandeció
y le dio el Nombre
que está sobre todo nombre,
para que al Nombre de Jesús
se doble toda rodilla en los cielos,
en la tierra y entre los muertos,
y toda lengua proclame
que Cristo Jesús es el Señor,
para gloria de Dios Padre.

Padre Nuestro, venga su reino en la tierra como en el Cielo.